

B X 920
L 4
S 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



INFORME

leído por el Sr. Rector

Pbro. D. Eugenio Olaez,

en la solemne distribución de premios
verificada en la noche del 27 de Agosto de 1897.



ILMO. SR: ⁽¹⁾



A Iglesia Católica, concedora como nadie del cúmulo de males que la ignorancia causa en el hombre, ha cuidado en todo tiempo de alumbrar á los pueblos con la luz de la verdad; y más ha esforzado su acción bienhechora cuánto más el peso de la ignorancia ha amenazado sepultar en tinieblas de muerte la inteligencia humana. Cuando los bárbaros invadieron la Europa no llevaban otra cosa fuera de la fuerza de su brazo que la tea incendiaria de la civilización antigua; y al considerar que sin letras habían logrado subyugar todo un mundo de largo tiempo

(1) El Ilmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. D. Tomás Barón y Morales.

004798

educado en ellas, no solo se confesaban ignorantes sino que jactándose de serlo repudiaban abiertamente la ilustración. El peligro era inminente: la ignorancia amenazaba imponerse al mundo protegida por la lanza de las hordas triunfadoras. ¿Qué hizo entonces la Iglesia? Acogió benévola al salvaje vencedor y con maternal afecto trabajó por inculcarle los principios de la Religión, haciéndolo por fin cristiano después de haberlo hecho hombre. Para conjurar la ignorancia se ocupó en reproducir los restos de la antigua civilización que había logrado salvar del saqueo y del incendio, y sobre todo abrió casas de enseñanza convirtiendo en escuelas hasta sus Catedrales y casas de los Obispos, de las que más tarde habían de salir para ilustrar al mundo los Fulda, San Martín de Tours, Reichenau y Fontenelle.

Pero ¿quién lo creyera, señores? no es la ignorancia la que más despierta los afanes de la Iglesia, ni la que la hace más solícita por el bien de sus hijos. Hay peor enemigo que la Iglesia con el mayor esfuerzo ha combatido y combatirá siempre: tal es la educación falsificada, aquella que se imparte sin contar para nada con Dios, y por medio de principios que alejan del alma toda idea de religión. Que los hombres no conozcan á Dios ni á su Iglesia es lamentable; pero que desde niños sean educados con máximas perniciosas que engendran el olvido de Dios y el odio á la Religión, es incontestablemente mucho más funesto. Así se explica por qué la Iglesia en su infatigable propaganda hace mayores conquistas luchando contra la ignorancia que contra la falsa ciencia. La ignorancia, como se observa en naciones infieles, sabe ceder ante la abnegación del misionero que sacrificándolo todo va á predicar á Jesucristo en países en que aún no es conocido: para la falsa ciencia no basta ni la abne-

gación á la que llama fanatismo, ni los más grandes sacrificios por la Religión, los que disvirtua reputándolos como ardidés del interés personal, ni los argumentos palmarios de la ciencia cristiana ante los cuales se escuda con sus sofismas: porque siempre será cierto, señores, que nada puede haber tan tenáz como el error una vez que ha llegado á revestir las formas del saber. Para extender el reinado de Jesucristo basta un Bonifacio en Alemania, un Agustín en Inglaterra y en las Indias un Francisco Javier. Ojalá que así pudieran multiplicarse los ejemplos de conquistas hechas para la Iglesia en pueblos cuya juventud fué pervertida por la impía enseñanza del error y por la educación que no tiene á Dios por principio, ni lo busca por el camino único de la Religión católica, como último fin!

Perfectamente ha demostrado la Iglesia el mal inmenso que trae la educación falsificada por el denuedo con que la ha combatido. Hubo por el siglo cuarto un monstruo que fué Emperador: llamábase Juliano y para su eterno opróbio, se le apellidó el apóstata. Satánicamente sagáz comprendió que para extinguir el nombre cristiano sería medio más eficaz que el potro y la cuchilla, oprimir á los fieles con todo linaje de vejaciones, asfixiarlos con el aislamiento y menosprecio, y privarlos de las ventajas que puede y debe prestar la vida social. Pero entre cuantos medios empleó para realizar su perverso intento ninguno fué tan tiránico como el que ejecutó relativo á la enseñanza. Por imperial edicto que mandó fijar en las puertas de su palacio y sobre los muros de Constantinopla, ordenó que la juventud fuera educada en los errores palpitantes aún del paganismo; y como medio eficaz para ello excluyó á los maestros cristianos de la enseñanza de las ciencias y las letras, dejando á los jóvenes en la fatal desyuntiva de quedar ig-

norantes ó de ser envenenados con las máximas del error en las escuelas del imperio. ¿Qué aconteció? Ejemplo notable, señores, que debe llenar de confusión á muchos cristianos de nuestros días, poco firmes en su religión y por demás cobardes. Los cristianos de aquel siglo prefirieron que sus hijos vivieran en la ignorancia, con tal de que no se pervirtiera su inteligencia concurriendo á las malhadadas escuelas del imperio, por más que en ellas, á esfuerzos de Juliano, se ostentara deslumbrante el poderoso aparato del saber: y creyeron más conveniente tener en el hogar hijos creyentes aunque faltos de ciencia que literatos pero corrompidos. ¿Qué hacía entre tanto la Iglesia? el campo de la literatura griega y latina le quedaba vedado para sus hijos; los maestros cristianos no podían enseñar sin abjurar de sus creencias, y los jóvenes no podían ser instruidos en las letras sino absorbiendo el veneno del error con la enseñanza pagana. ¿Qué hizo, pues? Buscó en su seno gérmenes de una nueva literatura: abrióse en el campo del saber un camino propio, é inspirándose en sus misterios y doctrinas hizo nacer la literatura exclusivamente cristiana. Aparecieron entonces hombres célebres, dice Darras, que compusieron sobre temas de Moral y asuntos sacados de la Historia sagrada, Himnos, Idilios, Elegías, Odas y Trajedias. San Gregorio de Nazianzo compuso más de treinta mil versos. Apolinar el más afamado Gramático de la Siria, escribió en veinticuatro cantos un resumen de la Historia sagrada, y su hijo, el otro Apolinar, imitando á Platón, escribió Diálogos para explicar los Evangelios y la Doctrina de los Apóstoles. Trabajando así la Iglesia por el bien de la juventud, no dejaba por eso de reclamar indignada contra el atentado de aquel Emperador. «Díme, Juliano, lo interpelaba San Gregorio de Nazianzo, ¿quién te inspiró el pensamiento de

arrancar las ciencias y las letras de las manos de los fieles de Jesucristo? Las leyes habían hasta hoy consagrado la legitimidad é inviolabilidad de este dominio del entendimiento." Y al decir Juliano que á los cristianos tocaba la ignorancia é inculta barbarie, porque toda su ciencia se reunía en esta palabra: *Creo*, contestaba aquel Apóstol: «Los Pitagóricos con su divisa: "El maestro lo ha dicho" no habrían así ridiculizado nuestro *Credo*. Para ellos la razón última de su doctrina se resume en estas palabras: «El maestro lo dijo.» Nosotros los cristianos cuando proclamamos la verdad de nuestros dogmas, no intentamos abjurar los derechos de la razón ni de la lógica. Al contrario, por medio del raciocinio, de la ciencia y de la dialéctica demostramos de un modo irresistible la verdad de nuestra fe.» Por todo esto se ve que la Iglesia, en aquella fatal época, á la vez que reclamaba sus derechos, luchaba infatigable contra el enemigo, levantando frente á las escuelas paganas la escuela católica, en defensa de la juventud que se veía amenazada de muerte por el más hábil perseguidor que ha tenido la Religión.

En nuestra época, señores, no es la ignorancia de los principios medioevales contra la que la Iglesia tiene que luchar. Vosotros lo sabeis: abundan casas de enseñanza para niños y jóvenes; ábrese paso á todas las carreras, y cada día se trata de adelantos y mejoras escolares. No, repito, no es la ignorancia el enemigo que al presente combate á la Iglesia: el Goliath que hoy se pasea amenazante por el campo de la lucha es el mismo que affigió á la Iglesia, en la época tristemente memorable del Emperador Juliano.

Prestadme vuestra indulgente atención:

El pensamiento de aquel tirano era apropiarse el derecho exclusivo de la enseñanza para impar-

tirla á quiénes y cómo quería: todo ello con el intento de paganizar la escuela para obtener como seguro resultado la abolición del nombre cristiano. La escuela había de ser pagana, el texto pagano y el maestro pagano. Hoy sucede lo mismo aunque la denominación sea distinta: el maestro ha de ser laico, el texto laico, porque en las escuelas todo ha de ser laico, es decir, no ha de haber en ellas nada que sepa á Religión; no ha de hablarse de Dios ni de moral cristiana, porque todo lo que á Religión atañe se tiene por fanatismo y retroceso. Y no para aquí la desgracia: enséñanse libros que positivamente impugnan las doctrinas de nuestra Religión, desviando con ellos las inteligencias juveniles precisamente en aquella edad en que las impresiones recibidas han de conservarse hasta la vejez. Allí, bajo la inevitable y decisiva influencia de Profesores y alumnos formados en la impiedad, mírase el educando en el tremendo riesgo de abandonar para siempre los principios salvadores de su Religión, creyendo muy difícil, cuando no imposible, poder de otra suerte abrirse paso en la sociedad, hacer lujo de su saber, y colocarse en puestos elevados que en el mundo producen la estimación y el bienestar. ¿Quién podrá resistir á esa tormenta? ¿Qué podrá esperarse de un joven que, del hogar ó de la escuela primaria, en que reinan la religión y la piedad, es trasladado á un colegio en que la atmósfera está inficionada por impías doctrinas y perversos ejemplos? ¿Creeis que ha de volver al seno de su familia repitiendo ferviente las oraciones que, niño todavía, aprendió de los labios de su madre? Recojámonos, señores; aislémonos de toda preocupacion, y reflexionando con la madurez que exige negocio en que tanto vá á los padres de familia, interroguemos por último. Cuando en tales Colegios, los textos, y los profesores, y los alumnos, y las doctrinas, y los

ejemplos se adunan sobre la cabeza de un joven inexperto que, por todo dique para este aluvión de males, no lleva sino la lijereza propia de su edad y un corazón que nada sabe de mundo y comienza á sentir el atractivo halagüeño de las pasiones; en tales circunstancias, pregunto: podrá salirse salvo? Para mí tengo, que mayor milagro sería éste que el de los tres jóvenes de Babilonia salidos sin lesión alguna del horno ardiente á que fueron arrojados. Páreceme á veces que exagero, y que cargando de sombríos colores este cuadro, me salgo del justo medio en que la prudencia en alianza con la verdad deben coiocarme. Pero cuando alzo los ojos y miro las brechas que el enemigo hace en nuestro campo, mediante su enseñanza, comprendo que no me he alejado de la verdad. ¡Cuántos jóvenes conoceis y conozco yo también, de católicos y piadosos convertidos en indiferentes ó enemigos de su religión, debiendo tan triste cambio á la enseñanza laica! Ni podemos siquiera consolarnos con que el mal no aparezca desde luego en toda su magnitud, viendo predominante aún la religión en la mayoría de los jóvenes: las conquistas del error por medio de la enseñanza tienen que ser sordas, lentas, pero constantes y seguras sobre todo si á tiempo no se las ataja con viril energía. Así lo comprendía hasta el desventurado Renán, quien juzgaba más eficaz la guerra de la escuela laica que la persecución hecha á la Iglesia en la época de los mártires. Oid sus palabras: «Si Marco Aurelio, en vez de servirse de los leones y de las parrillas, se hubiera valido de la escuela primaria y de la enseñanza racionalista del Estado, habría evitado mejor que el mundo fuera seducido por el sobrenaturalismo cristiano.»

¿Qué ha hecho la Iglesia ante tal situación? Celosa como siempre por la salud de sus hijos, ha reconocido la gravedad del peligro, ha reclamado

contra la usurpación de sus derechos en materia de enseñanza, y, descendiendo á la práctica, ha abierto y mejorado casas de instrucción para la juventud.

Bien conoceis, decía el Sr. Pío IX en su Encíclica *Nostis*, que los actuales enemigos de la sociedad y de la Iglesia, llevados de un espíritu enteramente diabólico, ponen su conato é industria en pervertir desde la primera edad la mente y el corazón de los jóvenes, por lo cual no hay cosa que no intenten, ni osadía que no muestren para sustraer del todo á las escuelas de los niños, de la autoridad de la Iglesia y de la vigilancia de sus Pastores.» El actual Pontífice reynante no menos ha señalado esta llaga que aflige á la sociedad. En la Encíclica: *Humanum genus*, así se expresa: «Estos hombres falacísimos en sus impías opiniones y maquinaciones, quieren principalmente eliminar de los jóvenes la virtud y doctrina católica, para depravar por la instrucción y educación los ánimos dóciles y tiernos en esa edad, inficionándolos y depravándolos con los errores y vicios.»

Tiempo falta para exponer por extenso cómo la Iglesia, sin ceder jamás, ha reclamado sus derechos sobre la enseñanza, y reprobado las escuelas sin religión. Baste para probarlo trascribir la siguiente proposición condenada por el Sumo Pontífice: "Todo el régimen de las escuelas públicas puede y debe atribuirse á la autoridad civil, y atribuírsele de tal manera, que á ninguna otra autoridad se le reconozca el derecho de mezclarse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados y en la elección ó aprobación de los maestros." (Syll., prop. 45).

Por lo demás, la Iglesia ahora como en el siglo cuarto, frente á los gimnasios laicos levanta los suyos católicos, y se desvela porque la juventud se ilustre cada día más con el conocimiento de las

ciencias y las letras. En Francia se halla establecida la *Sociedad general de educación*, compuesta de hombres eminentes: allí mismo hay varias escuelas normales que proporcionan profesores cristianos y aptos para la instrucción de la niñez. Pero sobre todo la Iglesia se ocupa en mejorar lo que pudiera llamarse Escuelas oficiales del Clero, quiero decir, los Seminarios, que si bién es cierto tienen el objeto especialísimo de formar las vocaciones eclesiásticas, no se descuidan por esto de conducir de la mano hasta donde por su instituto les es dable, á jóvenes que no aspiran al elevado honor del Sacerdocio. ¿Qué no ha hecho el Sumo Pontífice reinante por el adelanto científico en los Seminarios? El funda Academias y con sapientísimas Encíclicas, da eficaz impulso á los estudios filosóficos, teológicos y escriturarios. Todavía más, no pareciéndole bastante impulsar á aquellos estudios que más estrechamente se relacionan con la misión del Sacerdote, ha querido fomentar otros que menos necesarios pudieran parecer. Efectivamente, en Letras Pontificias dirigidas á su Cardenal Vicario, en 20 de Mayo de 1885, le demuestra la utilidad de que el Clero se dedique empeñosamente al estudio de las bellas letras, llegando hasta decir que en nuestros tiempos en que tanto se ha despertado el amor al saber, no podría el Clero desempeñar útil y dignamente su oficio si se le viese despreciar aquel ejercicio del humano ingenio que en tanto es tenido por los demás. Por tal motivo el Santo Padre quiere que en el Seminario de Roma se perfeccione el estudio de la literatura nacional, griega y latina, y así le dice á su Cardenal Vicario: "Mucho confiamos en tu sabiduría y celo que hemos de comenzar en nuestro Seminario por poner en práctica el propósito que hemos expuesto." Y como si no fuera bastante haberle significado su deseo, le agrega que

tal es su querer. «Queremos, le dice, que en dicho Seminario se abran exprofeso cátedras para los jóvenes de mejor talento y aplicación, que, habiendo concluido el curso ordinario de italiano, griego y latín, puedan, bajo la dirección de idoneos profesores, adquirir más perfectos y limados conocimientos en esas materias.» Para inclinar mejor los ánimos, el Sumo Pontífice recuerda entre otras cosas cómo todos los Santos Padres fueron hombres esclarecidos por su literatura en cuanto lo permitieron las circunstancias del tiempo en que les tocó vivir, y que algunos de ellos poco dejarían que desear si en parangón se les pusiera con los eminentes clásicos de la antigüedad.

Por todo esto se vé que la Iglesia no se ha mantenido indiferente en la presente situación, sino que lucha como siempre con el enemigo que se esfuerza por arrebatárle la juventud: el triunfo será de ella apoyada como está en las promesas divinas. Así Jacob luchó durante toda la noche con el ángel, hasta que, llegada la aurora, la victoria se puso de su parte. Nosotros, señores, á quienes ha tocado vivir en la noche de la pelea, podemos esperar ciertamente la aurora, etapa señalada para el triunfo; pero entretanto debemos luchar por transmitir á los pósteros un palmo siquiera de terreno que logremos arrancar al enemigo.

Perdonad si debiendo daros noticia de este Plantel, me he detenido en las reflexiones que habeis escuchado; pero si de informe se trata, no juzgo de poco interés informaros del objeto que dirige la marcha de este Establecimiento en la sociedad, de la sagrada misión que desempeña en los tiempos presentes en que el error cubierto con el antifaz de la ilustración trabaja por adueñarse de la juventud, y por último del importante puesto que ocupa en las filas militantes de la Iglesia. Él es el asilo que

la Iglesia ofrece á los padres de familia para proteger á sus hijos contra la borrasca que la impiedad levanta en nuestros días.

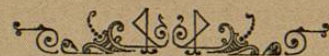
Por lo demás, sus prácticas son ordenadas al doble objeto que lo mantiene: la ilustración de la mente y la formación del corazón. Para lo primero han servido las Cátedras de Latinidad, Filosofía, Teología dogmática y Moral, Derecho canónico, natural, romano y civil patrio, Religión, Sagrada Escritura, Elocuencia Sagrada y Rúbricas. Cual haya sido el aprovechamiento de los alumnos en estas cátedras, lo dicen las calificaciones que obtuvieron. Si de oficio tengo que hablar no debo pasar en silencio el celo y asiduidad con que los Sres. Catedráticos se han dedicado á sus respectivas labores. El éxito de los exámenes públicos que de cada cátedra se tuvieron confirma lo que digo. No debo omitir traer á vuestra memoria la importancia de los talleres establecidos en esta Casa: la experiencia tiene bien acreditada esa importancia toda vez que no pocos alumnos que no pudieron continuar la carrera literaria, han logrado establecerse convenientemente aun como jefes de taller en el ramo á que aquí se dedicaron.

Para informar religiosamente el espíritu de la juventud, han contribuido en primer término los ejercicios espirituales que por espacio de ocho días practicaron los alumnos; los retiros espirituales de cada mes; la frecuencia de los Santos Sacramentos prescrita por las reglas, y las prácticas religiosas observadas diariamente por los alumnos.

En los últimos meses de este año fué hecho el nombramiento y la elección de personas que desempeñarán las Comisiones Conciliares, en sustitución de las que ya habían fallecido. De esta providencia canónica espera el Seminario ópimos frutos.

En fin, señores, al cerrar sus cátedras nuestro

Seminario en el año escolar que hoy finaliza, lo hace dando infinitas gracias al Todopoderoso por los beneficios que le ha impartido, y le ruega se digne seguirlo bendiciendo en adelante á fin de que pueda prosperar para gloria de su Magestad divina, y para bien de la juventud, la más querida esperanza de la Iglesia y de la Patria.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

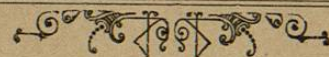
EL SEÑOR CATEDRÁTICO DE LATÍN

Pbro. D. Marino de Jesús Correa,

en la Exposición

*de los artefactos elaborados por los alumnos
del Seminario Conciliar de León,*

que se efectuó en la mañana del día 27 de Agosto de 1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez